

Pobreza y transiciones familiares a la vida adulta en las localidades rurales de México*

Marta Mier y Terán^S

Resumo

El objetivo del trabajo es analizar el proceso de transición a la vida adulta en el ámbito familiar entre los jóvenes de las localidades rurales marginadas de México. Hago énfasis en los diferenciales de género, étnicos y regionales, porque son otras formas de exclusión que afectan a los jóvenes en estas localidades rurales.

La fuente de datos es la Encuesta de las Características Socioeconómicas de los Hogares (ENCASEH), realizada en el marco del programa social gubernamental de Progresá, entre 1996 y 1999. Se encuestaron alrededor de 3 millones de hogares que pertenecían a cerca de 50 mil localidades en todo el país. La población analizada son las personas de 15 a 34 años de edad. Se aplican modelos de regresión logística multinomial.

El género es el eje más importante de diferenciación. Las mujeres alcanzan menores niveles educativos, por lo que abandonan más temprano la escuela e ingresan con menor frecuencia a la actividad laboral que los hombres. En la vida familiar, entre los varones, la mayor escolaridad, asociada a mejores expectativas laborales y económicas, retrasa el inicio de la vida conyugal; en cambio, una situación económica más segura facilitan la formación de una unión marital, en especial en hogar independiente. La situación económica segura los hace candidatos más atractivos. Al igual que los hombres, las jóvenes con más años de escolaridad posponen su matrimonio, y la experiencia laboral facilita que inicien una unión conyugal, porque son mejores candidatas en el mercado matrimonial. Sin embargo, es paradójico que, por el hecho de trabajar, las mujeres solteras tienen mayores probabilidades de contraer nupcias y, una vez casadas, sus posibilidades de continuar trabajando son mínimas, a menos que sea en trabajos no remunerados en su propio predio o negocio, o en el de la familia.

Además, cuando en la localidad ellas tienen una mejor condición relativa, disminuye el riesgo de que los hombres se casen, como lo prevé la teoría de la especialización de los sexos en la pareja.

Las diferencias étnicas muestran que, en el nivel individual, los jóvenes hablantes de lengua indígena se casan más temprano que los mestizos y, en las comunidades con mayor presencia indígena, los casados residen con mayor frecuencia en el hogar familiar. El efecto regional en el calendario de la nupcialidad y en los arreglos residenciales de las parejas jóvenes es significativo.

* Trabalho apresentado no I Congresso da Associação Latino Americana de População, ALAP, realizado em Caxambu –MG – Brasil, de 18-20 de setembro de 2004.

* Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México

Pobreza y transiciones familiares a la vida adulta en las localidades rurales de México*

Marta Mier y Terán^S

La transición a la vida adulta consiste en el proceso de cambio entre la juventud y la etapa adulta caracterizada por los roles de productor, reproductor y de independencia respecto de los padres. Este proceso refleja el origen social de las personas y marca de manera decisiva su vida como adultos. La intencionalidad, el momento en la vida y la secuencia con las que se adoptan los roles adultos influyen de manera decisiva en las siguientes etapas de la vida de las personas (Hogan y Astone, 1986).

La juventud es una etapa del curso de vida en la que se concentran varios cambios en los roles sociales de las personas que caracterizan el proceso de transición a la vida adulta. La salida de la escuela, el ingreso al mercado de trabajo, la salida del hogar paterno, la formación de una unión conyugal y el nacimiento del primer hijo son eventos o transiciones que implican cambios en la adscripción de las personas en la sociedad en los ámbitos público y privado.

Las transiciones en el ámbito familiar son decisivas. En el caso de los varones, ellas reflejan, entre otros, las formas de transmisión de la riqueza familiar y la manera en la que los jóvenes adquieren independencia laboral y residencial respecto al hogar paterno. Entre las mujeres, el rol tradicional femenino vinculado con la esfera privada hace que estas transiciones sean fundamentales en su adopción de rol adulto.

En las zonas rurales, los jóvenes son uno de los sectores más excluidos en América Latina. Ellos comparten la pobreza y la carencia de oportunidades con el resto de los miembros de sus comunidades. Pero además, las sociedades campesinas son jerárquicas y patriarcales, en especial entre los grupos étnicos, por lo que los jóvenes tienen poca o nula influencia en las decisiones familiares; esta desigualdad es particularmente acentuada en el caso de las mujeres.

Las transiciones familiares están determinadas en gran parte por valores y tradiciones. Las localidades que conforman regiones comparten rasgos de la organización social relacionados con los valores y tradiciones, por lo que la dimensión regional proporciona elementos culturales para entender los caminos que los jóvenes siguen en su adopción de roles adultos.

La problemática de la adopción de los roles adultos cobra particular interés en contextos de pobreza porque muestra claramente las carencias de capacidades y de oportunidades entre los jóvenes y las dificultades que ellos enfrentan para mejorar su situación personal y familiar en las siguientes etapas de su vida.

En estos contextos, los estudios se han centrado principalmente en la nupcialidad y en la fecundidad, sin enfatizar en una visión de proceso de cambio de roles, excluyendo el tema de la independencia residencial y limitándose a la experiencia de las mujeres.

El objetivo de este trabajo es analizar el proceso de transición a la vida adulta en el ámbito familiar entre los jóvenes de las localidades rurales marginadas de México. Hacemos

* Trabalho apresentado no I Congresso da Associação Latino Americana de População, ALAP, realizado em Caxambu –MG – Brasil, de 18-20 de setembro de 2004.

* Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México

énfasis en las diferencias de género, étnicas y regionales, porque son otras formas de exclusión que afectan a los jóvenes en estas localidades rurales.

Antecedentes.

En las últimas décadas del siglo XX, han ocurrido grandes transformaciones sociales y económicas que han propiciado cambios notables en la dinámica demográfica de México. La mortalidad ha tenido un descenso continuo a partir de la década de 1930. El proceso de reducción de la fecundidad, iniciado a fines de la década de 1960, aún sigue en curso. Como resultado de estas tendencias, la población creció a un ritmo muy acelerado, que alcanzó una tasa de crecimiento anual de 3.5% a mediados de la década de 1960, y que se ha reducido a prácticamente la mitad en los últimos años (1.8%). Además, la migración interna ha sido intensa, en especial de las zonas rurales a las ciudades, y la emigración internacional se ha intensificado en las últimas décadas.¹

Como consecuencia de los movimientos migratorios, la población rural² ha crecido a un ritmo mucho más lento que el promedio nacional; en años recientes, la tasa de crecimiento rural es a penas una cuarta parte de la tasa de crecimiento promedio del total del país. Otro de los rasgos más importantes de la dinámica demográfica en las zonas rurales a partir de 1970 ha sido la creciente dispersión. En este año, hay cerca de cien mil asentamientos rurales y, en promedio, cerca de 200 habitantes en cada uno de ellos. En 1995, el número de asentamientos es el doble y el número medio de pobladores se reduce a 121 habitantes. Este proceso de dispersión es resultado de una resistencia a la urbanización, y un síntoma de pobreza y de falta de oportunidades que obligan a la búsqueda de nuevos espacios (Warman, 2001).

La dinámica demográfica se vincula con cambios importantes en la formación de los hogares. El inicio de la primera unión ha seguido una leve pero continua tendencia al retraso: entre las mujeres, la edad media aumentó de 21 años en 1970 a 23 en 1997 y, entre los hombres, de 24 a 26 años. El número medio de hijos al final de la vida reproductiva de las mujeres se redujo de 6.5 en 1972 a 2.7 en 1997. También se redujo el tamaño medio de los hogares que pasó de 5.6 miembros en 1976 a 4.4 en 1997. En este mismo período, la viudez ha bajado y, en cambio, la ruptura voluntaria de las uniones ha mostrado cierto aumento: la proporción de personas separadas o divorciadas se duplica al pasar de 4.1% a 8.2 entre las mujeres y de 1.8% a 3.6 entre los hombres (Consejo Nacional de Población, 2000).

En las zonas rurales del país, la fecundidad parte de niveles más elevados y sigue un ritmo de descenso mucho más lento que en el resto del país. En 1994, la tasa global de fecundidad es 3.8 en las localidades rurales y 2.6 en las demás localidades (Mier y Terán y Partida, 2001). La nupcialidad en las áreas rurales ha sido tradicionalmente más temprana e intensa (Quilodrán, 1991). En 1976, la edad mediana a la primera unión es de 18 años en las localidades rurales y de 20 años en las demás localidades; una década más tarde, en 1987, la edad mediana se mantiene en 18 años en las localidades rurales y aumenta a 21 años en las localidades urbanas (Naciones Unidas, 1993). En otro estudio, se analiza la intensidad relativa de la nupcialidad en localidades rurales y urbanas y se observa que, en 1976, la intensidad relativa era 1.06 en las localidades rurales y 1.00 en las urbanas. Sin embargo, dos décadas más tarde, la relación se invierte puesto que la intensidad relativa en las zonas rurales se reduce a 0.94 (Gómez de León, 2001).³ No se ha profundizado en las causas de este cambio en el patrón de la nupcialidad rural, pero posiblemente está vinculado con la creciente emigración de hombres jóvenes del campo hacia los Estados Unidos.

Uno de los cambios sociales más importantes que ha tenido lugar en México ha sido la expansión del sistema educativo. En la década de 1990, prácticamente todos los niños asisten a la escuela y, con frecuencia, terminan el ciclo primario e inician la secundaria.⁴ Además, las grandes desigualdades en la educación básica entre las áreas urbanas y las rurales se han

reducido, aunque aún en los últimos años, la probabilidad de terminar la primaria y, sobre todo, de iniciar la secundaria es menor en las localidades rurales (Mier y Terán y Rabell, 2003).

Otro gran cambio en la sociedad mexicana ha sido la mayor incorporación de la mujer al mercado de trabajo, en especial a partir de 1970. En este año, la tasa de participación femenina es de 16% y aumenta a 35% en 1995. En un inicio, las mujeres urbanas con mayor preparación se incorporan más y abandonan en menor medida el mercado laboral en la etapa de formación de sus familias. En años más recientes, también las mujeres con menor preparación y con hijos pequeños se incorporan al mercado laboral (Oliveira et al, 2001; Mier y Terán, 1996). En las localidades rurales, también aumenta la participación femenina en la actividad económica, aunque en menor medida que en las localidades de mayor tamaño (Naciones Unidas, 1993).

Las población indígena de México está conformada por un conjunto heterogéneo de culturas: se hablan más de 50 idiomas diferentes que provienen de 21 familias lingüísticas distintas; sin embargo, las cuatro lenguas más importantes son habladas por la mitad de los indígenas. El patrón de asentamiento de la población indígena en el país es en su mayoría rural: en 1995, 60.8% reside en localidades de menos de 2 500 habitantes. Para el conjunto de los grupos étnicos, el valor de la TGF es igual al del total de las localidades rurales, 3.8 hijos por mujer, y la edad a la primera unión es 18.9 años (CONAPO, 1998).

Entre la población de las zonas rurales, los grupos indígenas son particularmente desfavorecidos puesto que tienen menor acceso a la tierra, a la educación, a las actividades no agrícolas y a los servicios (De Janvry y Sadoulet, 2002).

Marco de referencia

El enfoque del curso de vida plantea que las vidas de las personas están estructuradas por las normas sociales que rigen los roles apropiados a la edad, así como los comportamientos asociados a los distintos roles. Cada sociedad delimita su propio calendario, y define el grado en el que se espera que los individuos de cierta edad desempeñen determinados roles y no otros, lo explícito de estas expectativas, y la naturaleza de las sanciones para los que no cumplen con estas expectativas. Las personas internalizan los calendarios normativos, de manera que pueden ubicarse como precoces o tardías respecto de las distintas transiciones. Estos calendarios están arraigados en cada cultura y estructuran la manera en que los individuos se perciben a sí mismos y planean su curso de vida (Hogan y Astone (1986)).

La expansión del sistema educativo y de los mercados laborales ha favorecido la institucionalización del curso de vida de las personas. La edad juega un papel clave en la organización de las instituciones sociales, por lo que las regularidades etáreas en el ámbito público de la vida de los individuos se han acentuado. Las leyes refuerzan los cambios en las instituciones al imponer una asistencia a la escuela mínima obligatoria y edades mínimas para el ingreso en la fuerza de trabajo.

La institucionalización del curso de vida ha afectado también los comportamientos en la adopción de roles adultos en la vida privada. El creciente énfasis en la educación, así como las demandas en los mercados de trabajo han retardado la edad a la que los jóvenes son considerados socialmente maduros. Las expectativas acerca de las edades y secuencias apropiadas para las transiciones familiares son impuestas por presiones sociales, y los eventos que ocurren fuera del tiempo o del orden esperado pueden tener consecuencias negativas en los individuos.⁵ Transiciones familiares tempranas o prematuras propician que las jóvenes se conviertan en dependientes económicos de los varones, y queden relegadas a roles domésticos subordinados. Una unión temprana tiene, además, mayores riesgos de disolución. (Heaton, Forste y Otterstorm (2002)). Así mismo, las presiones emocionales, sociales y económicas

son muy fuertes para las madres solteras; además de no contar con un compañero para compartir la responsabilidad de la crianza de los hijos, en algunos casos tampoco cuentan con el apoyo familiar y sufren la desaprobación de la comunidad (The Alan Guttmacher Institute (1998)).

En Estados Unidos, hasta fines de los años ochenta, la edad a la terminación de la escuela y al ingreso al trabajo habían aumentado, mientras que el establecimiento de un hogar independiente y la formación de la familia habían ocurrido a edades más tempranas de manera que el tiempo de las transiciones se hizo más compacto y hubo un frecuente traslape entre las transiciones en la esfera privada y en la pública (Hogan y Astone, 1986). Además, surgió la separación entre la independencia residencial y el matrimonio. (Goldsheider y DaVanzo, 1989; Mulder, Clark y Wagner, 2002). Un estudio reciente en los países europeos, muestra que las edades en las que ocurren el matrimonio y el nacimiento del primer hijo tienen una gran variación, y que estas dos transiciones están cada vez menos relacionadas entre sí. Los autores afirman que, en la mayoría de los países estudiados, estas dos transiciones ya no forman parte del proceso de transición a la vida adulta (Corijn y Klijzing, 2001).

Prácticamente todos los sistemas estratificados según la edad difieren por género. La definición social de los roles según la edad también considera el sexo de las personas. Los calendarios normativos difieren según el género, como reflejo de rasgos culturales (Hogan y Astone (1986)). El matrimonio y el nacimiento de los hijos ocurren más temprano en la vida de las mujeres que en la de los hombres en casi todas las sociedades. También, debido a los roles tradicionales de género, entre las mujeres es menos frecuente la simultaneidad del rol de adulto en la esfera pública con los roles de adulto en la esfera privada. Tanto para hombres como para mujeres, los logros educativos afectan las oportunidades laborales y la posición en el mercado matrimonial, pero los mecanismos a través de los cuales actúa esta influencia difieren según el sexo. Las diferencias de género en la división del trabajo hacen que el ingreso personal tenga un efecto mayor en la nupcialidad entre los hombres que entre las mujeres.

Las condiciones socio-económicas constituyen otro eje importante de diferenciación debido a que determinan el acceso a recursos sociales valorados en la comunidad. Esta consideración es clave en los estudios sobre la transición a la vida adulta, ya que es el período en el que los jóvenes convierten sus atributos adscriptos y orígenes sociales en logros adultos subsecuentes. (Hogan y Astone (1986)). En países desarrollados, se ha probado que los recursos de las familias de origen juegan un papel importante en la transición a la vida adulta. La educación y la ocupación de los padres, el número de hermanos, el ingreso familiar y otras características familiares influyen en el calendario y en la secuencia de las transiciones a la vida adulta (Marini, 1978, 1984c; Bracher y Santow, 1998).

El concepto del capital humano plantea que la educación es una forma de capital puesto que proporciona al individuo conocimientos y capacidades que resultan en ingresos más elevados a lo largo de la vida laboral de los individuos. Las inversiones en capital humano tienden a responder de manera racional a los beneficios y a los costos de oportunidad (Becker, 1993). El inicio temprano de la formación de las familias impide una mayor acumulación de capital humano a través de un abandono anticipado de la escuela y, para las mujeres, también de períodos de trabajo más cortos anteriores al matrimonio y al nacimiento de sus hijos. Las condiciones sociales estructurales influyen en las transiciones familiares a la vida adulta a través de las percepciones de los costos de oportunidad y de los beneficios del matrimonio, del abandono del hogar familiar y del nacimiento de los hijos.⁶ (Hogan y Astone, 1986; Heaton, Forste y Otterstorm, 2002).

En países desarrollados, se ha mostrado que las aspiraciones y los planes de los jóvenes tienen una influencia decisiva en su transición a la vida adulta. Las aspiraciones educativas están muy vinculadas a los planes de matrimonio: altas expectativas en la

educación están asociadas a la postergación del matrimonio. El nivel educativo alcanzado juega un rol importante en este proceso de transición debido al efecto de una formación prolongada en el momento de las demás transiciones; los jóvenes posponen las otras transiciones con el objeto de obtener sus logros educativos y laborales (Hogan y Astone, 1986; Cooney y Hogan, 1991; Corijn y Klijzing, 2001). Se ha observado que un año de estudios adicional retrasa más el matrimonio entre las mujeres, y que el matrimonio temprano impide continuar con los estudios en ambos sexos (Hogan y Astone, 1986).

Modelos para explicar la nupcialidad

La perspectiva del curso de vida plantea que la combinación de roles en diferentes dominios puede generar conflictos. En sociedades en las que la educación formal es prolongada, generalmente es incompatible en rol de estudiante con el de casado y, en especial, con el rol de padre o de madre. Los jóvenes decidirán si continuar con sus estudios o iniciar la formación de una familia, dependiendo de los costos de oportunidad de abandonar la escuela, y de los beneficios del matrimonio y del inicio de la formación de la descendencia.

Hay dos modelos principales para explicar los patrones matrimoniales de hombres y mujeres. El primero se basa en la teoría de la nueva economía del hogar desarrollada por Becker y plantea que, debido a la división del trabajo según el género, hay una especialización y complementariedad entre los cónyuges que hace al matrimonio atractivo para ambos: el hombre como proveedor y la mujer dedicada a las labores del hogar y a la crianza de los hijos. Entre más diferenciados sean los roles de género en una sociedad, más atractivo será el matrimonio. Entre las mujeres, aumentos en la educación favorecen una mayor participación en la actividad económica y mayores ingresos del trabajo; esto, a su vez, reduce los beneficios del matrimonio porque propicia la independencia económica de las mujeres, y aumenta los costos de oportunidad por los ingresos dejados de ganar. Según este modelo, las mujeres con niveles educativos más altos, así como las que participan en el mercado de trabajo tienden a posponer el matrimonio, de manera temporal o definitiva.

En los modelos maritales de búsqueda, se plantea que la unión es el resultado de un proceso de búsqueda. Hombres y mujeres participan en un mercado matrimonial afectado por la conveniencia o el atractivo de sus características y la disponibilidad de compañeros potenciales. Las personas más atractivas son quienes tienen mayor certidumbre sobre sus potencialidades (Oppenheimer, 1988; Parrado y Zenteno, 2002). Los que participan en la actividad económica son compañeros más atractivos y probablemente tienen los recursos necesarios para casarse y formar un hogar independiente (Cooney y Hogan, 1991; Bracher y Santow, 1998). En este segundo modelo, las mujeres con mayores niveles educativos y que trabajan son mejores candidatos potenciales, por lo que tienden a casarse más rápido.

A diferencia de lo que sucede para las mujeres, los dos modelos prevén los mismos resultados para los varones. La importancia del hombre como proveedor hace que los jóvenes con mayores niveles educativos, que participan en los mercados laborales, y que tienen mejores empleos y retribuciones tienden a casarse más rápido.

Un estudio sobre tres generaciones de hombres y de mujeres en México señala que la interacción de la educación con las oportunidades laborales es lo que influye en la temporalidad del matrimonio (Parrado y Zenteno, 2002).⁷ Las mujeres con bajos niveles educativos tienen oportunidades laborales pobres pero, como no se espera que sean el principal sustento del hogar, la inseguridad asociada a su empleo no obstaculiza su matrimonio. Las mujeres con niveles educativos intermedios son las que experimentan mayor incertidumbre en los mercados laborales y tienen una menor propensión a casarse. El grado de incertidumbre también varía entre los grupos ocupacionales. En cambio, cuando las

mujeres se concentran en las labores del hogar y en el cuidado de los hijos, no hay incertidumbre sobre sus prospectos por lo que tienden a casarse temprano.

Otra investigación sobre el inicio de la formación de las familias entre mujeres mexicanas muestra que las mujeres que trabajan posponen el matrimonio y la maternidad, por lo que corrobora la hipótesis del modelo de especialización. La postergación ocurre, independientemente del nivel educativo que hayan alcanzado las mujeres. La relación entre la educación y el aplazamiento de la formación de las uniones se da a través del trabajo: niveles educativos más elevados están asociados a mayores probabilidades de tener un trabajo remunerado y, en consecuencia, un matrimonio más tardío (Lindstrom y Brambila, 2001).

En un trabajo sobre 13 países latinoamericanos, acorde también con el modelo de especialización, muestra que la educación y el trabajo constituyen alternativas al matrimonio y a la formación de las familias y, cuando estas alternativas son más atractivas, las mujeres retrasan el matrimonio y la formación de sus descendencias (Heaton, Forste y Otterstorm (2002)).

Salida del hogar familiar

La salida del hogar familiar puede ocurrir en distintos momentos de la vida de los jóvenes y obedecer a diferentes motivos, dependiendo de la organización social de que se trate. En el enfoque del curso de vida, la salida del hogar familiar es un evento clave en el proceso de transición a la vida adulta porque se asocia con la adquisición de independencia respecto de los padres. La salida del hogar familiar está muy vinculada a las otras transiciones y etapas del curso de vida. Con frecuencia, las parejas recién formadas abandonan el hogar de los padres para formar uno propio con residencia independiente. Sin embargo, hay jóvenes que salen del hogar familiar por otros motivos, y otros que casados no forman un hogar independiente.

En los países europeos menos tradicionales, la salida del hogar de los padres está más relacionada con eventos en la esfera pública, mientras que, en los más tradicionales, es el inicio de la formación de la familia lo que motiva la salida del hogar familiar (Corijn y Klijzing, 2001). En estos países más tradicionales, como resultado de una tendencia a postergar el matrimonio, la salida del hogar familiar se ha retrasado. En Estados Unidos, el continuar la escuela favorece el abandono del hogar paterno, por otros motivos que no son el matrimonio y, entre más recursos personales se tienen para formar una vida independiente, mayores las probabilidades de abandono del hogar paterno (Goldsheider y DaVanzo, 1989). Los autores afirman que esta relación entre los recursos y la residencia independiente sugiere que la independencia residencial es generalmente preferida. Los jóvenes con normas y valores menos tradicionales, los más educados, los menos religiosos, los que no pertenecen a grupos étnicos y los que residen en las áreas más urbanizadas prefieren la independencia que la compañía.

Poco se conoce sobre la salida de los jóvenes del hogar familiar en países en desarrollo. La escasez de trabajos sobre el tema se debe probablemente a que esta transición ocurre con mucha frecuencia vinculada al matrimonio o a la migración. Sin embargo, en estos contextos, el estudio de la independencia residencial es también relevante y tiene características muy distintas a las observadas en sociedades modernas (Johnson y DaVanzo, 1998).⁸ En las localidades rurales, la salida de los hijos varones del hogar de los padres es onerosa para la familia cuando el hogar es una unidad de producción y los hijos constituyen fuerza de trabajo accesible para el predio o la empresa familiar. Entre las hijas, la salida del hogar paterno es costosa cuando ayudan en las labores domésticas y en el cuidado de los hermanos menores y de los enfermos.

Adopción de roles familiares adultos en las localidades rurales marginadas de México

La población de este estudio reside en localidades rurales clasificadas como de alta o muy alta marginación, donde la gran mayoría de los hogares vive en condiciones de pobreza.⁹ Un elemento común en las definiciones del concepto de pobreza es la carencia de cierto nivel de ingreso o de consumo, así como de capacidades y oportunidades para superar la situación personal y familiar de privación. Las capacidades de una persona constituyen su potencial para salir de la pobreza y vivir mejor; la utilización de las capacidades requiere de bienes y de recursos que, si no existen, las capacidades permanecen sólo como potenciales (CEPAL, 2001).

En México y en países centroamericanos, las familias con escaso capital en tierra y en animales sobreviven de una precaria agricultura y ganadería de subsistencia, complementada con el trabajo asalariado agrícola y los ingresos de los miembros que emigran (CEPAL, 2001). En las zonas marginadas con escasos recursos naturales y fuentes de ingreso inexistentes, la emigración temporal se ha convertido para las familias campesinas en una fuente de ingresos importante. Con frecuencia, los jóvenes emigran para complementar el ingreso familiar, o con el objeto de ahorrar para establecer un hogar independiente. Los hogares que no poseen tierra son más heterogéneos, pero generalmente tienen mayor educación y mejor ubicación geográfica que los campesinos, lo que les permite encontrar empleos no agrícolas mejor pagados o recurrir al autoempleo. En general, la distribución del ingreso rural es muy inequitativa, debido a las diferencias en recursos económicos, capacidades y oportunidades, pero los ingresos no agrícolas ayudan a mitigar las diferencias entre las familias agrícolas (De Janvry y Sadoulet, 2001).

En sociedades campesinas, el sistema de género es un eje de diferenciación importante en la transición a la vida adulta pues en esta etapa se terminan de definir los roles tradicionales de género. Entre los hombres, los años de juventud son importantes para su preparación en el rol de proveedor del hogar, ya sea en la escuela, o en el predio o en la empresa familiar; la educación es importante, en especial para los jóvenes que no heredarán tierras. En la vida pública, las mujeres abandonan la escuela más pronto y su ingreso al mercado laboral es menos frecuente, de manera que es común que, después de terminar la primaria, queden recluidas en el hogar, desempeñando labores domésticas; sus transiciones en el ámbito familiar ocurren a edades tempranas. La educación formal de las jóvenes es menos valorada debido al rol femenino tradicional asociado a las labores domésticas y de crianza de los hijos. No obstante, las jóvenes con niveles educativos más altos tienen mayores oportunidades de obtener un empleo fuera de la agricultura y mejor que el de empleada doméstica.¹⁰

El matrimonio constituye un evento de gran importancia social y económica en la mayoría de las sociedades. En las comunidades rurales de los países en desarrollo, el matrimonio forma parte de un proceso gradual de adquisición de autonomía, en el que participan los padres y otros parientes. Después de casados, con cierta frecuencia la joven pareja permanece en el hogar familiar del marido durante un período más o menos largo; esta residencia se define por los lazos laborales y las estrategias complementarias entre el padre y el hijo. Cuando la familia tiene tierras, los hijos pueden casarse a edades más tempranas y permanecer en el hogar familiar (Durston, 1998).

El joven empieza a desarrollar las capacidades laborales y reproductivas de adulto, pero no tiene autonomía en el ejercicio de estas capacidades. Los padres mantienen el control sobre las acciones de sus hijos para cuidar de su formación y/o beneficiarse de sus capacidades. Las evidencias indican que los jóvenes rurales que se casan desean constituir un hogar independiente de los padres, pero que con cierta frecuencia se ven obligados a diferir por unos años su autonomía residencial (Durston, 1998). Por ejemplo, Levine et al. (1991) encuentran, en dos comunidades del centro de México, que algunas mujeres permanecen en la

fuerza de trabajo y postergan el matrimonio con el objeto de tener una residencia independiente con su pareja cuando se casen, y no compartir la vivienda con los familiares. En el occidente de México, Arias y Mummert (1987) plantean que el ingreso de las mujeres jóvenes al mercado de trabajo les ha permitido tomar decisiones en las familias, con la consecuente reducción de la autoridad paterna y tendencia a la neolocalidad. En general, la escolaridad más elevada entre los jóvenes, el empleo independiente y la migración favorecerán su autonomía en relación a los padres.

En un estudio sobre las familias en comunidades rurales de Yucatán, se plantea que uno de los principales rasgos de la organización familiar campesina tradicional ha sido la autoridad paterna, que se sustenta en las actividades en torno a la milpa, eje rector de la economía campesina (Lugo Pérez, 1992); en estas familias, el jefe se encarga de administrar los recursos e influye en la toma de decisiones de los hijos. Este tipo de organización familiar tuvo vigencia hasta antes de la década de 1970, cuando la reducción de los rendimientos agrícolas, la falta de fuentes de trabajo en las comunidades y la creación de empleos en otras zonas de la península propiciaron que los jóvenes emigraran y se vincularan a mercados de trabajo externos, con una consecuente pérdida de autoridad paterna. Actualmente, los hijos alternan la actividad agrícola con la venta de su fuerza de trabajo. Si la familia cultiva maíz, al casarse los hijos permanecen en la casa de sus padres por un tiempo corto, para después independizarse. Cuando los suegros no tienen hijos varones en la comunidad, los yernos les ayudan.

En sociedades tradicionales, como las comunidades rurales de México, se espera que los jóvenes no abandonen el hogar familiar antes del matrimonio por motivos de independencia, y que el nacimiento de los hijos tenga lugar en el seno de una unión conyugal.
11

En la población bajo estudio, esperamos que los varones con mayor escolaridad, con un trabajo independiente de la familia y con mejores ingresos tengan mayores probabilidades de casarse y de formar un hogar independiente. Entre las mujeres, pondremos a prueba cuál de los dos modelos explicativos se adapta mejor a estas comunidades en las que prevalece la pobreza y la discriminación hacia ellas.

Los valores y tradiciones influyen de manera decisiva en las transiciones familiares, por lo que interesa conocer las diferencias en los patrones de formación de uniones entre los jóvenes mayas y los mestizos. Existe una gran diversidad y heterogeneidad de culturas en la población indígena de México, pero un rasgo que se encuentra en mayor o menor medida presente en todos los grupos étnicos es su organización jerárquica y patriarcal, en la que las mujeres y los jóvenes tienen un papel subordinado. Entre los varones, se espera que, una vez controlada la educación, la ocupación y el ingreso, no haya diferencias marcadas en la temporalidad del matrimonio entre los jóvenes mayas y los mestizos. En cambio, entre las mujeres, aun después de controlar los efectos de la pobreza, se espera que persista un matrimonio más temprano entre las jóvenes mayas.¹² Debido a los rasgos jerárquicos y patriarcales de las familias mayas, se espera que los jóvenes hablantes tarden más en independizarse del hogar familiar.¹³

De las comunidades, las condiciones económicas, sociales y demográficas determinan en gran parte los recursos y las oportunidades disponibles para que los jóvenes hagan una transición particular. La disponibilidad de compañeros potenciales con características laborales favorables influye en una mayor nupcialidad, tanto de hombres como de mujeres. Salarios e ingresos más elevados en la localidad permiten a los jóvenes formar un hogar independiente a edades más tempranas. También, las localidades en las que la pobreza es menos marcada, y en las que hay oportunidades de trabajo fuera de la agricultura, los jóvenes tienden a casarse y a formar un hogar independiente a edades más tempranas. Además, las localidades donde las familias poseen tierras y en las que éstas son de mejor calidad, los

jóvenes se casan más temprano y los varones permanecen con mayor frecuencia después del matrimonio en el hogar familiar.

La contribución femenina a la subsistencia de los hogares en la localidad hace la vida de la nueva pareja más accesible y acelera el ingreso de los hombres a la unión en un hogar independiente. Además, en contextos en los que las mujeres son más educadas, los hombres contraen matrimonio a edades más tempranas.

El aislamiento de las comunidades rurales impide el cambio de los valores y actitudes tradicionales y limita las opciones educativas y laborales a los jóvenes. Por el contrario, la migración es fuente importante de comunicación con el exterior y promueve valores que propician la postergación del matrimonio (Heaton, Forste y Otterstorm, 2002), y se espera que favorezca la autonomía de los jóvenes con respecto al hogar familiar. El tamaño de la localidad es asimismo un buen indicador del aislamiento porque se ha observado que las localidades muy pequeñas son casi siempre localidades distantes de los centros urbanos y con vías de comunicación deficientes (Aguilar y Graizbord, 2001).

El tradicionalismo en las comunidades propicia que los jóvenes, hombres y mujeres, inicien pronto su vida en pareja, y que los hombres posterguen su autonomía con respecto a la familia de origen. En las localidades predominantemente indígenas, en las que las opciones de trabajo fuera de la agricultura de subsistencia son muy limitadas, y en las que las diferencias de género en la educación son acentuadas, se espera que los jóvenes tengan actitudes tradicionales hacia la formación de las uniones y hacia la independencia residencial del hogar familiar.

La disponibilidad en la localidad de compañeros potenciales adecuados influye en la formación de las uniones. De acuerdo con los modelos de búsqueda, las desigualdades en el balance entre sexos afectan de distinta manera a hombres y a mujeres. Un exceso de hombres origina una mayor propensión para unirse entre hombres y entre mujeres: ellas son más dependientes económicamente y ellos deben comprometerse para poder tener una compañera (Parrado y Zenteno, 2002). Según el modelo de la nueva economía del hogar, en cambio, un exceso de hombres favorece una menor propensión entre los hombres y una mayor entre las mujeres.

Finalmente, los valores y las tradiciones que son comunes en las localidades de las regiones geográficas tendrán una influencia en los patrones de formación de uniones de los jóvenes, aún después de controlar el efecto de las condiciones económicas en la localidad.

Fuente de datos y metodología

La fuente de datos es la Encuesta de las Características Socioeconómicas de los Hogares (ENCASEH), llevada a cabo por las Secretarías de Salud, de Desarrollo Social y de Educación Pública, en el marco del programa social de Progresá. Esta información se levanto entre 1996 y 1999 y sirvió de base para seleccionar a las familias que recibirían los beneficios del programa. Se aplicaron cuestionarios a todos los hogares en las localidades de todas las entidades del país menos del Distrito Federal.¹⁴ Se encuestaron alrededor de 17 millones de personas que pertenecían a alrededor de 3 millones hogares en cerca de 50 000 localidades. La ENCASEH incluye información sobre localidades de alta y muy alta marginación, con mas de 50 habitantes y menos de 15 000, y con servicios escolares y de salud a menos de 10 kilómetros de distancia.

En este estudio, la población analizada son las personas de 15 a 34 años de edad. Elegimos estas edades como límites porque gran parte de las transiciones en el ámbito familiar ocurren en este rango de edades. En México, la población de estas edades en la ENCASEH es de alrededor de 4.8 millones de personas, con un número levemente superior (4%) de mujeres que de hombres.

La fuente de datos es de momento, por lo que no es la más indicada para aplicar el enfoque de curso de vida. Sin embargo, el estudio es válido por dos razones. La primera es que no hay fuentes longitudinales para en análisis de los jóvenes en las localidades rurales marginadas de México. La segunda es que la fuente proporciona o permite deducir los aspectos cruciales de las transiciones a la vida adulta: la edad al abandono de la escuela, la edad al inicio de la vida laboral y, para el momento de la entrevista, la relación de parentesco con el jefe, el estado civil, la convivencia con una pareja conyugal, la convivencia con los padres y con los hijos, y las edades de estos.

Los datos no permiten conocer el camino que cada individuo sigue para llegar al conjunto de roles sociales que tiene en el momento de la observación. Sin embargo, el estado del conjunto de los jóvenes en cuanto a sus roles de adulto proporciona un buen acercamiento a los caminos más frecuentes adoptados para la adquisición de estos roles.

En el análisis multivariado, la variable dependiente incluye dos de las tres transiciones a la vida familiar adulta. Analizamos la formación de la unión conyugal porque, como se verá más adelante en el análisis bivariado, es la transición que se encuentra al origen de las dos otras transiciones en la gran mayoría de los casos. La salida del hogar familiar es de sumo interés en el contexto de pobreza rural porque muestra las estrategias que desarrollan las familias para retardar la salida de la mano de obra joven; también, este retraso permite a los jóvenes en condiciones que precarias acumulen los suficiente recursos para residir fuera del hogar familiar y lograr mayor autonomía con respecto a los padres. Se excluyó el inicio de la formación de la descendencia porque en este contexto rural no se disocia la formación de la unión conyugal del inicio de la formación de la descendencia. Una vez que la pareja conyugal se forma, la llegada de los hijos es una cuestión de tiempo porque las parejas jóvenes no buscan retrasar el inicio de la formación de la descendencia; además, en ocasiones, la pareja se forma porque hay un embarazo o un nacimiento.¹⁵

Aplicamos modelos de regresión logística multinomial a una muestra del 10% de la población para estudiar la probabilidad de haber formado una pareja conyugal y de vivir en un hogar independiente.¹⁶ Se considera que sólo el joven que es jefe o cónyuge del jefe tiene independencia residencial. Estimamos un modelo para hombres y otro para mujeres porque consideramos que los factores individuales y de contexto que influyen en las transiciones de hombres y mujeres son diferentes. No se hace la distinción entre las uniones consensuales y los matrimonios porque se considera que su naturaleza no difiere en cuestiones fundamentales.¹⁷ La información transversal de la fuente de datos permite conocer la relación entre las variables explicativas, con distintas referencias temporales, y la condición matrimonial y de residencia actuales. Por ejemplo, en el caso de la edad, no es posible conocer cómo, al aumentar la edad, varía el riesgo de casarse y tener cierto arreglo familiar; lo que se conoce es cómo varía el riesgo de estar casado en determinado arreglo familiar. Esto obliga a tener cautela en la interpretación de los resultados, en especial de algunas variables explicativas que pueden cambiar con el estado matrimonial. Este es el caso del trabajo actual en las mujeres, quiénes con cierta frecuencia dejan de trabajar al inicio de la formación de sus familias.

Para caracterizar los antecedentes de los jóvenes, se cuenta con la escolaridad, la participación laboral alguna vez en la vida y la participación actual y, para esta última, se conoce el tipo de actividad laboral, la posición en la ocupación, el ingreso por el trabajo, y también se conoce si el joven es hablante de alguna lengua indígena.¹⁸ Además, como la fuente captó información sobre todos los hogares de cada localidad, a partir del conjunto de las características de los hogares, es posible conocer rasgos importantes del contexto local en el que se desenvuelven los jóvenes.

En los próximos párrafos, se presenta la operacionalización de las variables de los modelos y en el cuadro 1 aparecen las estadísticas descriptivas. La variable dependiente

consta de tres categorías: soltero (0), en unión conyugal en el hogar familiar de él o de ella (1), en unión conyugal en hogar independiente como el jefe o como su cónyuge (2). No se hizo la distinción entre los solteros que vivían en el hogar familiar y los que no porque estos últimos eran muy pocos, tanto entre los hombres como entre las mujeres.¹⁹

Algunas de las variables explicativas influyen en sentido positivo en la probabilidad de estar en unión y de formar un hogar independiente y otras en sentido negativo. De las características individuales de los jóvenes, la edad y los años de educación son variables discretas sin transformación alguna. La variable ha trabajado alguna vez es dicotómica, y las respuestas son no (0) y sí (1); el trabajo actual también es dicotómica con las mismas categorías. El trabajo agrícola, el asalariado y el familiar también son variables dicotómicas, siendo la primera categoría no trabaja o no tiene ese tipo de trabajo. El ingreso semanal por trabajo es una variable continua que toma el valor cero cuando no trabaja o trabaja pero no recibe ingreso por su trabajo. La lengua indígena es dicotómica, con las categorías de hablante sólo de español (0) y hablante de alguna lengua indígena, ya sea que además hable español o no (1).

Agrupamos las variables del contexto en cuatro principales rubros que no son excluyentes: la economía, el aislamiento, el tradicionalismo y el demográfico.²⁰ Algunas variables pueden reflejar elementos de más de un rubro; para ubicarlas en esta agrupación, se eligió el rubro en el que el vínculo es más evidente, pero en el análisis de los resultados se intentará tener una visión menos esquemática.

Las características de la economía de la localidad que muestran las oportunidades laborales de los jóvenes son la proporción de trabajadores en la agricultura, la de trabajadores asalariados, la de trabajadores familiares no remunerados, la de hogares con tierras, la de hogares con tierras de riego, el salario agrícola semanal promedio y el ingreso total semanal promedio por perceptor.²¹ El aislamiento de las localidades se hará manifiesto en el tamaño de la localidad (menos de 500 habitantes, de 500 a menos de 1000, de 1000 a menos de 2500 y de 2500 a menos de 15000), y en la proporción de hogares con migrantes permanentes en el municipio;²² se eligió el municipio en este caso de los migrantes porque en otros trabajos se ha encontrado que el ámbito de la migración rebasa a la localidad (De Janvry y Sadoulet, 2001). Las variables vinculadas a los valores tradicionales son la proporción de mujeres trabajadoras en el total de trabajadores de la localidad, la proporción de hogares con tierras, la proporción de jefes de hogar hablantes de maya, y la razón de feminidad del alfabetismo (la proporción de mujeres de 15 a 34 años que saben leer y escribir entre la proporción de hombres que saben leer y escribir de las mismas edades).²³ El balance entre los efectivos de uno y otro sexo en edades casaderas (15 a 34 años) es el indicador del mercado matrimonial que, al combinarlo con algunas de las características educativas y laborales en la localidad, dan cuenta de las oportunidades reales de los jóvenes de encontrar un compañero adecuado con quien formar una unión conyugal.

Agrupamos a las 31 entidades federativas en cuatro regiones geográficas: norte, centro, centro-este y sur-este.²⁴

Resultados

Caminos hacia la vida familiar adulta en las localidades rurales marginadas de México

La coincidencia de los distintos roles familiares proporcionan elementos de interés sobre los caminos que siguen los jóvenes en su transición a la vida familiar adulta. En especial, interesa conocer si se sigue el patrón de la secuencia normativa: matrimonio, salida del hogar familiar, nacimiento de los hijos, o si hay desviaciones de él.

El estado marital de los jóvenes de estas localidades rurales define en gran parte la adopción de roles familiares adultos, tanto de hombres como de mujeres (cuadro 1).²⁵ Antes de formar una unión conyugal, en pocos casos los jóvenes han efectuado alguna de las otras

dos transiciones familiares. Casi todos los solteros viven en el hogar familiar (94%), muy pocos viven en el hogar de otros parientes (4%), y prácticamente ninguno es jefe (2%). Como se esperaba, son muy pocos los solteros que viven con hijos; sin embargo, entre las jóvenes es más frecuente: cinco de cada cien mujeres solteras vive con al menos un hijo.

Cuadro 1
Estadíos en la transición a la vida adulta, según estado matrimonial y sexo

	solteros		en unión	
	hombres	mujeres	hombres	mujeres
en hogar familiar	94.2	93.7	13.9	6.6
en hogar de otros	4.0	4.4	3.2	10.8
jefe o cónyuge	1.8	1.9	82.9	82.6
total	100.0	100.0	100.0	100.0
con hijos	1.0	5.0	84.5	87.5
sin hijos	99.0	95.0	15.5	12.5
total	100.0	100.0	100.0	100.0

Los casados, por el contrario, viven en su mayoría en hogar independiente (83%) y tienen hijos (85% de los hombres y 88% de las mujeres). No obstante, uno de cada seis jóvenes casados vive en el hogar familiar o en el hogar de otros. Vinculada al patrón de residencia virilocal, la única diferencia de género marcada es entre quienes no forman un hogar independiente: los hombres casados permanecen más en el hogar familiar (14%) y residen con menos frecuencia con otros familiares (3%); las mujeres casadas, en cambio, permanecen menos en su hogar familiar (7%) porque van a vivir al hogar de la familia del cónyuge.

En este trabajo interesa conocer las capacidades y las oportunidades de los jóvenes para estar en pareja, y para formar parte del hogar de los padres, o un hogar independiente, a partir de ahora vamos a considerar que, ya sea que viva en el hogar de sus padres o en el de sus suegros, el joven se encuentra en el hogar familiar. También, vamos a limitar el análisis a los casos en los que los jóvenes solteros se encuentran en el hogar familiar y en los que los casados se encuentran en el hogar familiar o en el suyo propio.

Caracterización de los jóvenes de las localidades rurales marginadas de México y de su contexto local

Antes de presentar los resultados de los modelos, es importante hacer una caracterización de los jóvenes según sus capacidades y de las oportunidades con que cuentan en su contexto, con el objeto de tener más elementos para entender cómo influyen en su proceso de transición a la vida familiar adulta.

Entre los 15 y los 35 años, cerca de la mitad de los jóvenes aún no han formado una unión conyugal: 55% de los varones y 45% de las mujeres permanecen solteros (cuadro 2). Entre los que ya se han casado, la mayoría vive en un hogar propio, como jefe o como cónyuge del jefe; no obstante, 15% de los varones y 13% de las mujeres permanece en el hogar familiar propio o del cónyuge. La mayor permanencia en el hogar familiar de los varones está relacionada con una nupcialidad masculina más tardía y, por consiguiente, un menor tiempo transcurrido en el hogar paterno a partir de la unión.

Cuadro 2
Roles familiares de los jóvenes, según sexo, lengua hablada y región

	Hombres			Mujeres		
	soltero en hog fam	casado en hog fam	casado en hog propio	soltera en hog fam	casada en hog fam	casada en hog propio
Lengua indígena						
hablantes	49.16	9.08	41.76	39.20	9.16	51.65
no hablantes	57.23	6.20	36.58	46.17	6.76	47.07
Región						
Norte	57.96	7.51	34.52	44.30	8.51	47.19
Centro	55.97	5.32	38.71	47.88	5.48	46.65
Centro-Este	55.70	8.77	35.53	44.52	9.26	46.22
Sur-Este	51.81	5.48	42.71	39.63	5.97	54.39
Todos	55.44	6.85	37.72	44.62	7.30	48.07

Al considerar esta situación según la pertenencia a algún grupo étnico, se observa una nupcialidad más temprana y una mayor propensión a permanecer en el hogar familiar entre los hablantes, tanto hombres como mujeres. Las regiones también muestran patrones diferentes de temporalidad de las uniones y de arreglos familiares ulteriores. De la temporalidad de la nupcialidad, el rasgo que más llama la atención es el patrón temprano en el sur-este para hombres y mujeres. El patrón más tardío, se encuentra en el norte para los hombres y en el centro para las mujeres. De los patrones residenciales de los casados, el centro-este es la región en la que con mayor frecuencia residen en el hogar familiar: 20% de los hombres y 17% de las mujeres; en cambio, en la que la independencia residencial es más frecuente es la región sur-este, en la que sólo 11 de los jóvenes y 10% de las jóvenes vive en el hogar familiar después de unidos.

Los rasgos educativos y laborales de la población bajo estudio muestran las carencias en capacidades y en oportunidades de estos jóvenes rurales, así como las marcadas diferencias de género en detrimento de las jóvenes. El nivel educativo alcanzado es sumamente bajo: en promedio, los hombres sólo llegan a terminar los seis años de los estudios de primaria, y las mujeres ni siquiera alcanzan a terminar este ciclo (5.6 años). Como ya se esperaba, los hombres inician más frecuentemente la actividad laboral que las mujeres: 83% de ellos y una tercera parte (31%) de ellas ha trabajado alguna vez en su vida. En el trabajo actual, la diferencia de género es aún más acentuada pues algunas jóvenes abandonan la actividad laboral cuando se casan o cuando inician la formación de su descendencia, mientras que casi todos los hombres que tienen experiencia laboral continua. La participación económica en las labores agrícolas es muy frecuente entre los jóvenes de estas localidades rurales: más de la mitad de los varones (54%) y algo menos de la mitad de las mujeres (8%) que trabajan lo hacen en las labores del campo. Casi tres de cada cuatro de los jóvenes trabajadores recibe un salario; esta condición es menos frecuente entre las jóvenes (52%). En cambio, casi una de cada cinco jóvenes (19%) que participan en la actividad económica lo hacen en el predio o negocio familiar sin recibir remuneración alguna, y son menos los varones (10%) con esta posición en la ocupación. El ingreso semanal que perciben los varones es muy bajo, 219 pesos

en promedio, pero el de las mujeres es aún mucho más bajo (156 pesos en promedio), debido en parte al trabajo familiar no remunerado que ellas desempeñan. Finalmente, en estas localidades rurales marginadas, la presencia indígena es grande: casi uno de cada cuatro (22) de los jóvenes habla alguna lengua indígena.

En cuanto al contexto en el que viven los jóvenes, algunos residen en comunidades sumamente pequeñas y aisladas (40% vive en localidades de menos de 500 habitantes), mientras que otros viven en comunidades que podrían considerarse como casi urbanas (14% vive en localidades de 2 500 a menos de 15 000); hay una leve diferencia entre hombres y mujeres, porque ellas residen en localidades de mayor tamaño. Las comunidades son predominantemente agrícolas: 65% de los trabajadores se dedican a las labores del campo. La media de la proporción del trabajo asalariado en las localidades es 61%. En promedio, 20% de los trabajadores en las localidades no recibe remuneración. La participación femenina en la actividad laboral es relativamente poco importante puesto que, en promedio, uno de cada cinco trabajadores en las localidades es mujer. Los salarios agrícolas promedio (214 pesos a la semana), así como los ingresos totales por perceptor (242 pesos semanales) son muy bajos, al igual que los ingresos promedio de los jóvenes. Casi uno de cada dos hogares tienen tierra para trabajar; esta proporción muestra que son comunidades campesinas, pero también señala que la mitad de hogares no tiene tierra propia y explica la importancia del trabajo asalariado en las localidades. Muy pocos predios del país (5%) es de riego, casi todos son de temporal, con los bajos y azarosos rendimientos de este tipo de tierra. En cuanto a la composición étnica de las localidades, en promedio, 27% de los jefes de hogares son hablantes de una lengua indígena, proporción algo más elevada que la observada entre los jóvenes; esto muestra la presencia importante de los indígenas en estas comunidades rurales, y cierta pérdida de la lengua maya entre las generaciones de los jefes y de los jóvenes. En general, la migración sin retorno no es muy común: en promedio, sólo dos hogares de cada mil en los municipios tienen migrantes que han salido en los últimos cinco años y que no han regresado. No obstante, hay gran variación entre los municipios puesto que hay algunos que no tienen este tipo de migrantes, mientras que hay uno donde 26% de los hogares tienen migrantes definitivos. El índice que refleja la comparación entre el alfabetismo de las mujeres y el de los hombres corrobora la mejor condición de los varones en materia educativa: en promedio hay 95 mujeres que saben leer y escribir por cada cien hombres con las mismas capacidades; no obstante hay algunas localidades en las que la relación es la inversa. El índice de masculinidad de la población en edades casaderas es igual a la unidad en las localidades en las que viven los hombres, y de 0.96 en las que viven las mujeres, lo que muestra que hay emigración selectiva por sexo.

Modelos multivariados

Los resultados de los modelos señalan aspectos interesantes de los condicionantes de la nupcialidad y de los arreglos residenciales de las parejas jóvenes. Se presentan las razones de riesgo relativo de estar casado en el hogar familiar y de estar casado en hogar independiente; la categoría de referencia es ser soltero (cuadro 3). En general, el ajuste de ambos modelos es bueno, pero el de los varones es mejor. Esto se debe a que la decisión de formar una unión y, sobre todo, del arreglo residencial ulterior obedece más a las capacidades y oportunidades del hombre que a las de la mujer.

Cuadro 3.
Modelos multinomiales logit aplicados a los jóvenes de 15 a 34 años para modelar la probabilidad de casarse y vivir en el hogar familiar, y de casarse y tener independencia residencial &

	exp(B)			
	Hombres		Mujeres	
	cas hogfam	cas indep	cas hogfam	cas indep
Características individuales				
edad	1.225	1.417	1.196	1.389
años de escuela aprobados	0.991	0.936	0.919	0.886
ha trabajado alguna vez	1.874	5.376	1.864	1.952
trabaja actualmente	4.907	12.744	0.115	0.194
trabaja en la agricultura	1.076	0.783	1.686	0.894
trabaja como asalariado	0.791	0.719	0.516	0.275
trabaja como familiar no remunerado	0.532	0.086	1.821	1.995
ingreso del trabajo	1.000	1.000	1.000	1.000
hablante de lengua indígena	1.114	1.228	1.114	1.061
Características de la localidad				
tamaño de la localidad: de 500 a 999 *	1.199	1.098	1.216	1.051
de 1 000 a 2 499*	1.317	1.125	1.256	1.052
de 2 500 a menos de 14 999*	1.408	1.207	1.263	1.034
proporción de trabajo agrícola	0.907	1.550	0.768	1.190
prop de trabajo asalariado	1.094	0.935	1.255	1.023
prop de trabajo familiar no remunerado	2.260	3.023	1.458	0.584
prop de trabajo femenino	0.573	0.276	3.629	2.182
salario agrícola promedio	1.000	1.000	1.000	1.000
ingreso total promedio por perceptor	0.999	1.000	0.999	1.000
prop de hogares que poseen tierras	1.342	0.647	1.419	0.729
prop de hogares con tierras de riego	1.065	0.702	1.080	0.732
prop de hogares con jefes indios	1.238	0.919	1.007	0.902
prop de migrantes en el municipio	10.070	0.034	1.269	0.005
razón alfabetismo femenino-masculino	0.353	0.238	0.563	0.537
índice de masculinidad 15-34	0.441	0.376	3.261	3.046
Región Centro +	0.687	1.210	0.542	0.891
Región Centro-Este +	0.889	0.854	0.864	0.840
Región Sur-Este +	0.617	1.230	0.562	1.049
Log pseudo-likelihood	-110328.2		-127335.2	
Número de casos	202 451		203 935	

& Categoría de referencia: solteros.

*Categoría de referencia: menos de 500 habitantes.

+ Categoría de referencia: Región Norte.

Los valores en negritas tienen $p > .05$.

De las características individuales, el efecto de la edad corrobora que, de los casados, los que más permanecen en el hogar familiar son los más jóvenes. Esto muestra que, con frecuencia, la residencia de los hijos casados en el hogar paterno es temporal y que, conforme los hijos van adquiriendo los recursos necesarios, van formando sus hogares con independencia residencial.

Los años aprobados en la escuela guardan una clara relación negativa en los cuatro casos pero, como esperábamos, la temporalidad en la formación de las uniones de las mujeres es más sensible a la escolaridad que la de los hombres: al aumentar la escolaridad, las mujeres retardan más el inicio de una unión que los varones. De esta manera, en el caso de las jóvenes, los resultados apoyan el modelo marital de especialización y complementariedad; en el caso de los hombres, los dos modelos maritales predicen lo contrario a lo aquí observado. Otro resultado inesperado es que el riesgo de estar casado en hogar independiente es el que más se reduce al incrementarse los años de estudio. Una posible explicación es que, al permanecer en el hogar familiar, algunos de los jóvenes casados podrían continuar con sus estudios. Los datos muestran que muy pocos de los jóvenes casados asisten actualmente a la escuela pero que, aún controlando por la edad, los jóvenes y las jóvenes casados que permanecen en el hogar familiar tienen una escolaridad mayor que los que han formado un hogar independiente.

Trabajar actualmente es la característica individual que ejerce mayor influencia en la nupcialidad de los varones, en especial en los que residen fuera del hogar familiar; este es el efecto esperado, debido a su papel de proveedor del hogar. Entre las mujeres, la experiencia laboral incrementa los riesgos de haber formado una unión conyugal, lo que corrobora la hipótesis del modelo de búsqueda que plantea que son candidatas más atractivas en el mercado matrimonial. Por el contrario, el trabajo actual es incompatible con el matrimonio: con mucha frecuencia, las jóvenes trabajadoras abandonan su actividad laboral cuando inician una unión conyugal.

El tipo de trabajo que desempeñan los jóvenes tiene también una relación significativa con las transiciones en el ámbito familiar. Entre los hombres, el trabajo en la agricultura está asociado a riesgos levemente mayores de estar casados en el hogar familiar, pero mucho menores de estar en hogar independiente. Además, el trabajo asalariado, pero sobre todo el familiar no remunerado están asociados a un menor riesgo de estar unido, en especial en un hogar independiente. Es probable que los jóvenes asalariados tiendan a posponer el matrimonio porque prefieren formar un hogar con residencia neolocal y necesitan acumular cierto capital para poder hacerlo. Es interesante que el trabajo no remunerado propicie menores riesgos de estar casado en el hogar de los padres, lo que muestra que, cuando los jóvenes permanecen en el hogar familiar desempeñan labores complementarias a las de los jefes de hogar. Entre las mujeres, las características del trabajo afectan de manera distinta y compleja. Las jóvenes que desempeñan un trabajo agrícola tienen un menor riesgo de estar casadas en hogar independiente. Al tener un trabajo asalariado, el riesgo de estar casadas es muy bajo, en especial de estar casadas y residir en un hogar independiente. Llama la atención que, el tener un trabajo en el predio o negocio familiar sin remuneración aumente tanto el riesgo de estar casada, en especial en un hogar propio. Todo señala que para las mujeres casadas, es difícil participar en la actividad económica, a menos que sea en trabajos no remunerados en su propio hogar, o en el predio de su familia política o de sus padres.

Acorde con ambos modelos para explicar la nupcialidad, el ingreso de los varones tiene un efecto positivo y significativo en el riesgo de formar una unión conyugal, ya sea que residan en el hogar familiar o en uno independiente. Entre las mujeres, el efecto también es positivo, lo que corrobora el modelo de búsqueda.

A diferencia de lo que se había planteado, aún después de controlar la escolaridad y la actividad laboral, los hablantes de una lengua indígena tienen mayores riesgos de estar casados en hogar independiente. También de manera inesperada, el efecto de la lengua indígena es menor entre las mujeres.

De las variables del contexto, el tamaño de la localidad muestra efectos interesantes pues no son como con frecuencia se supone. En las localidades muy pequeñas (de menos de 500 habitantes), hombres y mujeres tienen menores riesgos de estar casados; es probable que en estas localidades tan pequeñas haya escasos posibles cónyuges. A diferencia de lo

esperado, el riesgo de estar casados entre los hombres aumenta con el tamaño de la localidad. Entre las mujeres, los riesgos de estar casadas son prácticamente los mismos en las localidades de 500 habitantes o más. Es decir, las localidades de mayor tamaño no ejercen un efecto disuasivo sobre el matrimonio.

Cuando una alta proporción de los trabajadores de la localidad desempeñan labores agrícolas, el riesgo de estar casados en el hogar independiente es mayor, tanto en hombres como en mujeres. Contrario a lo esperado, la proporción de trabajadores asalariados no tiene efecto significativo alguno. En cambio, la presencia del trabajo familiar no remunerado, que sería indicador de falta de oportunidades en el mercado laboral, favorece la nupcialidad temprana de los varones. Esto es así porque estos trabajos en las empresas o predios familiares son los únicos que las mujeres casadas pueden desempeñar, y esta ayuda de las mujeres favorece que los hombres anticipen la formación de sus uniones, en especial los que tienen residencia independiente. Entre las mujeres, la mayor frecuencia del trabajo familiar en la localidad incrementa el riesgo de estar casada en el hogar familiar y reduce notablemente el riesgo de estar casada en hogar independiente.

La mayor frecuencia del trabajo femenino en la localidad está asociada a riesgos menores de estar casados entre los hombres. En concordancia con el modelo de complementariedad, cuando las mujeres tienen más oportunidades laborales, pierden interés en formar uniones tempranas, que las obligarán a abandonar sus empleos, por lo que los hombres tendrán que esperar para casarse. Entre las jóvenes, una vez controlados la experiencia laboral así como el trabajo actual, más oportunidades laborales en la comunidad favorecen que no formen una unión, en especial para permanecer en el hogar familiar.

Mayores ingresos en la comunidad influyen de manera distinta en los arreglos familiares de los casados. Con mejores condiciones económicas en la localidad, se reducen los riesgos de estar casados en el hogar familiar y aumentan los de estar casados en hogar independiente. Esto es semejante a lo encontrado en otros contextos en cuanto a la preferencia de la formación de hogares independientes, cuando las condiciones económicas lo permiten.

Como se esperaba, en las comunidades campesinas, en las que la proporción de hogares con tierras es mayor, el riesgo de estar casados en el hogar familiar aumenta significativamente, tanto para hombres como para mujeres. Sin embargo, conforme aumenta la proporción de hogares con tierras de buena calidad (de riego), el riesgo de estar casados en hogar independiente se reduce.

De las variables vinculadas al tradicionalismo, la etnicidad de las localidades tiene un efecto interesante y complejo puesto que se relaciona también con el hecho de que el joven hable una lengua indígena o no. Una mayor la presencia indígena en la localidad, resulta en un creciente riesgo de que los varones, hablantes y no hablantes, se encuentren casados en el hogar familiar; esta relación se observa de manera menos contundente entre las mujeres, lo que sugiere que estos jóvenes en las localidades más indígenas se casan principalmente con las jóvenes hablantes, quienes tienen mayores riesgos de estar casadas en el hogar familiar. Por el contrario, una mayor presencia indígena en la localidad está asociada a un menor riesgo de estar casados en hogar independiente.

La migración tiene un efecto muy grande, y significativo. Los hombres tienen mucho mayor riesgo de casarse y vivir en el hogar familiar y mucho menor riesgo de vivir en su propio hogar en un contexto en el que la emigración es intensa; entre las jóvenes, la migración afecta en el mismo sentido que entre los varones. Una posible explicación es que, algunos de los jóvenes casados se quedan a sustituir a los migrantes en el hogar familiar y otra es que, en estos contextos, cuando los jóvenes se casan y forman su hogar independiente, ellos mismos se convierten en migrantes y salen de la observación de este estudio.

El efecto de la razón entre la proporción de mujeres que saben leer y escribir y de hombres que saben leer y escribir es claro: cuando las mujeres tienen una mejor condición

relativa, disminuye el riesgo de casarse de hombres y mujeres. De acuerdo al modelo de complementariedad, cuando las mujeres tienen mayor escolaridad que los hombres, ellas consideran poco atractivos a los candidatos menos escolarizados y optan por posponer el inicio de una unión conyugal; esta postergación entre las jóvenes obliga a los varones a posponer también su unión.

El balance entre la población de hombres y la de mujeres en la localidad tiene un efecto muy importante en la formación de las uniones. Un exceso de hombres propicia un mayor riesgo de formación de uniones entre las mujeres y un menor riesgo entre ellos. Esta situación concuerda con los planteamientos del modelo de complementariedad, y muestra claramente que en estas localidades rurales el mercado matrimonial local es crucial.

Como se planteó, aún después de controlar la situación económica de la localidad, los patrones regionales de formación de uniones y de arreglos residenciales ulteriores son distintos. Contrario a lo esperado, en la región norte que es menos tradicional, los hombres y las mujeres tienen mayores riesgos de estar casados en el hogar familiar que en las otras tres regiones. Los hombres tienen mayores riesgos de estar casados en un hogar independiente en las regiones centro y sur-este y, en esta última, también las mujeres tienen un riesgo levemente mayor de estar casadas en hogar independiente. La región centro-este es donde la nupcialidad es menos intensa, tanto entre hombres como entre mujeres.

Consideraciones finales

En el contexto de pobreza en el que viven los jóvenes de este estudio, el analizar la adopción de los roles adultos permitió mostrar las carencias en las capacidades y en las oportunidades que limitan sus posibilidades en las siguientes etapas de su vida.

Las transiciones en el ámbito familiar significan con frecuencia la adquisición de autonomía con respecto a los padres. La mayoría de los jóvenes que se casan forman un hogar independiente. No obstante, en las comunidades campesinas, después de casados los hijos permanecen por un tiempo en el hogar familiar porque en la localidad no hay las oportunidades para que la nueva pareja se independice (salarios e ingresos bajos), en especial en las comunidades campesinas. La buena calidad de las tierras hace atractivo para el joven el permanecer soltero, o casarse y trabajar en el predio familiar.

El género es el eje más importante de diferenciación en la transición a la vida adulta de los jóvenes de las localidades rurales marginadas. En la vida pública, las mujeres alcanzan menores niveles educativos, por lo que abandonan más temprano la escuela e ingresan con menor frecuencia a la actividad laboral que los hombres. En las transiciones en la vida familiar, también hay diferencias en su temporalidad, pero sobre todo en las condiciones de desventaja en la que se encuentran las jóvenes.

Entre los varones, la mayor escolaridad, asociada a mejores expectativas laborales y económicas, retrasa el inicio de la vida conyugal. En cambio, una situación económica más segura (trabajo actual y mayores ingresos) facilitan la formación de una unión marital, en especial en hogar independiente. La situación económica segura los hace candidatos más atractivos, pero también es lo que les permite casarse y formar un hogar independiente.

Al igual que los hombres, las jóvenes que tienen más años de escolaridad posponen su matrimonio, y la experiencia laboral facilita que inicien una unión conyugal. Esto último se explicaría porque son mejores candidatas en el mercado matrimonial. Sin embargo, el trabajo actual, que significa también la continuidad laboral, está asociado negativamente al matrimonio. Es paradójico que, por el hecho de trabajar, las mujeres solteras tienen mayores probabilidades de contraer nupcias y, una vez casadas, sus posibilidades de continuar trabajando son mínimas, a menos que sea en trabajos no remunerados en su propio predio o negocio, o en el de la familia.

En la relación entre hombres y mujeres, es interesante observar que, cuando en la localidad ellas tienen una mejor condición relativa (alta participación femenina en la economía, menor desventaja educativa respecto de los varones), disminuye el riesgo de que los hombres se casen. Esto parece apoyar a la teoría de la especialización de los sexos en la pareja. Las mujeres, al tener menores desventajas en cuanto a capacidades y oportunidades respecto a los varones, son menos dependientes y pueden optar por retrasar el matrimonio.

Las diferencias étnicas muestran que, en el nivel individual, es claro que los jóvenes hablantes de lengua indígena se casan más temprano que los mestizos. Además, como se esperaba, en las comunidades con mayor presencia indígena, los casados residen con mayor frecuencia en el hogar familiar que en uno independiente.

Bibliografía

Aguilar, Adrián Guillermo y Boris Graizbord (2001) "La distribución espacial de la población. Concentración y dispersión" en José Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.) La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI, Consejo Nacional de Población y Fondo de Cultura Económica, México.

Arias, Patricia y Gail Mummert (1987) "Familia, mercado de trabajo y migración en el centro-occidente de México, Nueva Antropología IX(32).

Becker, Gary (1993) Human Capital. A Theoretical and Empirical Analysis with Special Reference to Education, tercera edición, The University of Chicago Press, Chicago, 390 pp.

Bracher, Michael y Gigi Santow (1998) "Economic Independence and Union Formation in Sweden" Population Studies 52: 275-294.

CEPAL (2001) Instituciones y pobreza rurales en México y Centroamérica, LC/MEX/L.482.

CONAPO (Consejo Nacional de Población) (1998, 1999 y 2000) La situación demográfica en México, México.

CONAPO-PROGRESA (1998) Índices de marginación, 1995, México.

Cooney, Teresa M. y Dennis P. Hogan (1991) "Marriage in an Institutionalized Life Course. First Marriage among American Men in the Twentieth Century" Journal of Marriage and the Family 53: 178-190.

Corijn Martine y Erik Klijsing eds. (2001) Transitions to Adulthood in Europe, European Studies of Population, vol 10, Kluwer Academic Publishers.

Corona, Rodolfo y Rodolfo Tuirán (2001) "La migración internacional desde y hacia México" en José Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.) La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI, Consejo Nacional de Población y Fondo de Cultura Económica, México.

De Janvry, Alain y Elizabeth Sadoulet (2001) "Income Strategies Among Rural Households in Mexico: The Role of Off-farm Activities", World Development, 29(3): 467-480.

Echarri, Carlos y Julieta Pérez (2001) "Becoming Adults: Life course transitions in Mexican young people", trabajo presentado en la XXIV Conferencia General de Población, Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, Salvador, Brasil.

Elder, Glen H. Jr. (1975) 'Age Differentiation and the Life Course', Annual Review of Sociology, 1 : 165-190.

De Vos, Susan (1989) "Leaving the Parental Home: Patterns in Six Latin American Countries", Journal of Marriage and the Family 51:615-626.

Foster, Andrew D. (1993) "Household Partition in Rural Bangladesh" Population Studies 47: 97-114.

- Durston, John (1998) Juventud rural en Brasil y México. Reduciendo la invisibilidad, CEPAL LC/R. 1819, Santiago de Chile.
- Goldscheider, Frances y Julie DaVanzo (1985) "Living Arrangements and the Transition to Adulthood" Demography 22(4): 545-563.
- (1989) 'Pathways to independent Living in Early Adulthood: Marriage, Semiautonomy and Premarital Residential Independence', Demography 26: 597-614.
- Gómez de León, José (2001) "Los cambios en la nupcialidad y la formación de familias: algunos factores explicativos" en José Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.) La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI, Consejo Nacional de Población y Fondo de Cultura Económica, México, págs. 207-241.
- Heaton, T.B., R. Forste, and S.M. Otterstrom (2002) "Family transitions in Latin America: First intercourse, first union and first birth", International Journal of Population Geography 8:1-15.
- Hernández, Daniel (2001) "Anticoncepción en México" en José Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.) La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI, Consejo Nacional de Población y Fondo de Cultura Económica, México, págs. 271-306.
- Hogan, Dennis and Nan Marie Astone (1986) 'The Transition to Adulthood', Annual Review of Sociology 12: 109-130.
- Jelin, Elizabeth (1977) "Migration and Labour Force Participation of Latin American Women: The Domestic Servants in the Cities" Signs 3: 129-141.
- Johnson, Richard W. y Julie DaVanzo (1998) "Economic and Cultural Influences on the Decision to Leave Home in Peninsular Malaysia" Demography 35(1): 97-114.
- LeVine, Robert A. et al. (1991) "Women's Education and Child Care in the Demographic Transition: A Mexican Case Study" Population and Development Review 17 (3): 459-496.
- Lindstrom, D. y C. Brambila Paz (2001) "Alternative theories of the relationship of schooling and work to family formation: evidence from Mexico", Social Biology 48(3-4): 278-297.
- Lugo Pérez, José Antonio (1992) "Organización familiar campesina tradicional y mercado de trabajo" en Othón Baños (coord) Campesinos y sociedad. Ayer y hoy, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, Yucatán, México, págs. 199-222.
- Marini, Margaret Mooney (1978) 'The Transition to Adulthood: Sex Differences in Educational Attainment and Age at Marriage', American Sociological Review 43: 483-507.
- (1984) 'Age and Sequencing Norms in the Transition to Adulthood' Social Forces 63: 229-244.
- Mier y Terán, Marta (1996) "The Implications of Mexico's Fertility Decline for Women's Participation in the Labour Force" en José Miguel Guzmán et als (eds.) The Fertility Transition in Latin America, International Studies in Demography, Oxford University Press, págs. 323-342.
- Mier y Terán, Marta y Virgilio Partida (2001) "Niveles, tendencias y diferenciales de la fecundidad en México, 1930-1997" en José Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.) La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI, Consejo Nacional de Población y Fondo de Cultura Económica, México, págs. 168-203.
- Mier y Terán Marta y Cecilia Rabell (1993) "Inicio de la transición de la fecundidad en México. Descendencias de mujeres nacidas en la primera mitad del siglo XX" Revista Mexicana de Sociología 55 (1): 41- 81.
- (2001) "Condiciones de vida de los niños en México: 1960-1995. El entorno familiar, la escolaridad y el trabajo", en José Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.) La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI, Consejo Nacional de Población y Fondo de Cultura Económica, México.

- (2003) "Inequalities in Mexican Children's Schooling" Journal of Comparative Family Studies XXXIV(3): 435-454.
- Naciones Unidas (1993) Fertility Transition and Women's Life Course in Mexico, Department for Economic and Social Information and Policy Analysis, Nueva York, 62 pp.
- Oliveira, Orlandina de et al (2001) "La fuerza de trabajo en México: un siglo de cambios", en José Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.) La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI, Consejo Nacional de Población y Fondo de Cultura Económica, México.
- Oppenheimer, Valerie Kincaide (1988) 'A Theory of Marriage Timing', American Journal of Sociology 94(3): 563-591.
- Quilodrán, Julieta (1991) Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México, México, El Colegio de México.
- Parrado, Emilio y René Zenteno (2002) Gender Differences in Union Formation in Mexico: Evidence from Marital Search Models, Journal of Marriage and the Family 64: 756-773.
- Partida, Virgilio (2001) "La migración interna" en José Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.) La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI, Consejo Nacional de Población y Fondo de Cultura Económica, México.
- Rabell, Cecilia y Marta Mier y Terán (2003) "Poverty or Ethnicity? Differences in Schooling of Rural Youths in Yucatan Peninsula", trabajo presentado en el 2003 Population Association of America Annual Meeting, Minneapolis, Minnesota.
- Rindfuss, Ronald, C. Gray Swicewood and Rachel A. Rosenfeld (1987) 'Disorder in the Life Course: How Common and Does it Matter?' American Sociological Review 52: 785-801.
- The Alan Guttmacher Institute (1998) Into a New World. Young Women's Sexual and Reproductive Lives, Nueva York.
- Tuirán, Rodolfo (2002) "Transición demográfica, curso de vida y pobreza en México" en Cecilia Rabell and Ma. Eugenia Zavala Comps. La fecundidad en condiciones de pobreza: una visión internacional, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Warman, Arturo (2001) El campo mexicano en el siglo XX, Fondo de Cultura Económica, México

¹ En México, migran aproximadamente el mismo número de hombres que de mujeres dentro del país, pero la migración femenina es más temprana. En las edades jóvenes (10 a 24 años), predominan las mujeres que migran mayormente por razones laborales, mientras que los hombres de estas edades migran por motivos de estudio y lo hacen con menor frecuencia (Virgilio Partida, 2001).

² No hay un criterio homogéneo para distinguir las localidades rurales del resto de las localidades. En la mayoría de estudios sociodemográficos sobre México, las localidades de menos de 2 500 habitantes se definen como rurales. Sin embargo, algunos estudios consideran que las localidades de 15 000 y más habitantes son urbanas, mixtas las de 5 000 a menos de 15 000, y rurales las de menor tamaño. En la revisión de la bibliografía que aquí se presenta, si no se especifica de otra manera, las localidades rurales son las de menos de 2 500 habitantes.

³ Además, se observa que un embarazo es lo que desencadena con frecuencia el matrimonio, y que una mayor educación (9 años o más) es lo que más reduce la propensión a casarse (Gómez de León, 2001)

⁴ La primaria consta de 6 años y la secundaria de 3. Hasta antes de 1992, sólo la primaria era obligatoria; a partir de este año, la secundaria ya también lo es. Estos dos ciclos constituyen la educación básica. Los datos del censo de 2000 muestran que en el país, entre los niños de 12 a 14 años de edad, 67% ha concluido la primaria y 59% ha ingresado a la secundaria. En las localidades rurales de menos de 2 500 habitantes de los 10 estados con mayor presencia indígena, estas proporciones son, respectivamente, 53 y 44% (Mier y Terán y Rabell, 2003).

⁵ Rindfuss et al (1987) analizan la secuencia de las transiciones en la esfera pública y su efecto sobre la paternidad. Observan una gran movilidad entre la escuela y el trabajo, y que hay características de las actividades de los jóvenes que son más decisivas que la secuencia entre los eventos relativos al estudio y al trabajo.

⁶ Hogan y Astone (1986) afirman que los arreglos institucionales juegan un papel crucial en las decisiones de las personas. Proponen el uso del término “camino” en lugar de trayectoria, ya que este último implica una mayor iniciativa individual.

⁷ Los años de nacimiento de las generaciones son 1936-1938, 1951-1953 y 1966-1968.

⁸ Goldscheider y DaVanzo (1989) plantean que la conceptualización del abandono del hogar paterno se centra en 5 diferentes tipos de influencias: los recursos de los jóvenes, los recursos del hogar, las preferencias respecto a dejar el hogar paterno antes de contraer nupcias (corresidencia o privacía), las características de la comunidad y los roles contemporáneos que desempeñan los jóvenes (trabajo, estudio).

⁹ Con información del Censo de Población de 1990 y del Censo de 1995, se estimó un índice de marginación para cada localidad del país, mediante el método de componentes principales con base en 7 variables: porcentaje de adultos (>14 años) analfabetas, porcentaje de viviendas sin agua, porcentaje de viviendas sin drenaje, porcentaje de viviendas sin electricidad, promedio de ocupantes por habitación, porcentaje de viviendas con piso de tierra, y porcentaje de población que trabaja en la agricultura. Con base en este índice, se agruparon a las localidades en cinco categorías: de muy alta, de alta media, de media, de baja, y de muy baja marginación (CONAPO-PROGRESA, 1998).

¹⁰ En un trabajo sobre la migración de mujeres a las ciudades latinoamericanas para trabajar como empleadas domésticas, se observa que los trabajos en el servicio doméstico proporcionan cierta autonomía a las jóvenes rurales, al alejarse de sus familias de origen. Muchas familias lo permiten porque son trabajos en los que las necesidades básicas de casa y comida están cubiertas, es decir están más protegidas que si fueran independientes. Sin embargo, en estos trabajos no hay oportunidades de progreso ni de capacitación (Jelin, 199).

¹¹ Existe la idea de que, en América Latina, las mujeres permanecen vírgenes hasta el matrimonio y que el nacimiento de los hijos tiene lugar en el seno de uniones maritales. En algunos países la realidad dista mucho de esta idea, pero en México sí coincide. En las zonas rurales de México, sólo el 4% de las mujeres declara haber tenido un hijo antes del matrimonio (Heaton, Forste y Otterstorm (2002)).

¹² En un estudio sobre la escolaridad de los jóvenes de las localidades rurales marginadas y muy marginadas de la Península de Yucatán, se observan importantes diferencias de género entre los indígenas (hablantes de maya). Los varones indígenas asisten más a la escuela que los no hablantes, mientras que las mujeres indígenas asisten menos y alcanzan niveles educativos inferiores a los de los jóvenes no hablantes (Rabell y Mier y Terán, 2003).

¹³ Goldscheider y DaVanzo (1989) observan en Estados Unidos que los jóvenes de minorías tienen menores probabilidades de abandonar el hogar paterno que los blancos protestantes.

¹⁴ También se levantaron cuestionarios de localidad. Desafortunadamente alrededor de una tercera parte de las localidades no cuenta con información de este cuestionario, por lo que no fue posible utilizar estos datos.

¹⁵ La postergación del nacimiento del primer hijo es una práctica muy poco frecuente en México, en especial en las localidades rurales. En estas localidades, solamente 5% de las mujeres en edad fértil unidas y sin hijos usan anticonceptivos en 1995; esta proporción es 53% entre las mujeres que tienen un hijo y 62% entre las que tienen 2 o 3 hijos (Daniel Hernández, 2001).

¹⁶ En los modelos, se considera que los jóvenes residen en el hogar familiar cuando su relación de parentesco con el jefe es alguna de las mencionadas en la nota anterior, o es yerno o nuera. Los que viven en el hogar de otros parientes son quienes tienen otra relación de parentesco. No se incluyó a estos últimos en el modelo porque desconocemos los motivos por los que el joven se encuentra en ese hogar: orfandad, migración u otro.

¹⁷ Con frecuencia las parejas en uniones consensuales no legalizan su unión porque viven en áreas apartadas o porque no pueden costear una ceremonia formal. Además, en México, la legalización de las uniones consensuales es muy común (Parrado y Zenteno, 2002).

¹⁸ No se analizan las características del hogar familiar porque sólo se tiene esta información para los que aún viven en él.

¹⁹ Se excluyeron a los jóvenes casados cuyo cónyuge no vivía en el hogar porque no se sabe si se trata de una mala declaración, o de migrantes que pueden regresar o no.

²⁰ Intentamos tener otro rubro sobre las condiciones de pobreza en que viven los miembros de la localidad. Las variables que usamos fueron la proporción de hogares en viviendas con piso de tierra y la proporción de viviendas que no tienen excusado con agua corriente. La variable sobre el piso de tierra resultó ser la

consecuencia de una nupcialidad temprana con residencia neolocal. La segunda variable, sobre el excusado con agua corriente, no resulta ejercer efecto alguno sobre la nupcialidad. Decidimos entonces eliminar este rubro sobre las condiciones de pobreza.

²¹ Se intentó otra variable sobre la pobreza de los hogares: la proporción de ellos que tienen poca tierra, extensiones de menos de 2 hectáreas. Los resultados llevan a concluir que, patrones de nupcialidad temprana y con residencia neolocal propician mayores proporciones de hogares con predios pequeños en la localidad, por lo que se decidió excluir la variable de los modelos.

²² Como reflejo de la comunicación con el exterior, quisimos incluir como variable en el modelo la proporción de hogares con radio y/o con televisión en la localidad. Sin embargo, no la incluimos porque observamos que esta variable está fuertemente influida por los patrones residenciales de las parejas jóvenes: menores proporciones de hogares con radio y/o televisión estaban asociados a patrones de residencia neolocales.

²³ Quisimos incluir una variable sobre el nivel de la fecundidad en la localidad como rasgo que refleja el tradicionalismo. Sin embargo, el índice que pudimos calcular, la razón niños de 0 a 4 años - mujeres de 15 a 44 años, es más el reflejo de una nupcialidad más o menos temprana y no de una fecundidad más o menos controlada. También decidimos excluirla del modelo.

²⁴ A la región norte pertenecen 11 entidades: Baja California, Baja California Sur, Coahuila, Chihuahua, Durango, Nuevo León, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tamaulipas y Zacatecas. A la región centro pertenecen nueve: Aguascalientes, Colima, Guanajuato, Jalisco, México, Michoacán, Morelos, Nayarit y Querétaro. A la región centro-oriente pertenecen seis: Guerrero, Hidalgo, Oaxaca, Puebla, Tlaxcala y Veracruz. A la región sur-este pertenecen cinco: Campeche, Chiapas, Quintana Roo, Tabasco y Yucatán.

²⁵ A partir de aquí, el estudio se limita a los jóvenes solteros y a los actualmente unidos. Se excluyó a los que tenían uniones interrumpidas porque tienen patrones residenciales y de formación de su descendencia distintos y, además, son pocos casos: menos de 1% entre los hombres y de 2% entre las mujeres.